

ARTÍCULOS

Un repaso lingüístico al siglo XIX

por

CARLOS PATIÑO ROSSELLI

Departamento de Lingüística

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA



El presente escrito hace un recorrido por los diferentes acontecimientos que marcaron la lingüística del siglo XVIII y que dieron nacimiento a las concepciones lingüísticas del siglo XIX. En la búsqueda de esas raíces, se hace referencia a los aportes de grandes autores como Chomsky, Leibniz y Locke, entre otros. Así como también a las escuelas y gramáticas de la época, como la escuela de Port-Royal, la gramática generativa, la transformacional, y corrientes como la empirista.

Palabras clave: lingüística, lenguaje, pensamiento vs. comunicación, gramática, historia.

INTRODUCCIÓN

Es obvio que la lingüística del siglo XIX no surge de la nada sino que forma parte de la muy antigua tradición de indagaciones y aproximaciones alrededor del misterio del lenguaje. Conviene entonces -antes de entrar en el período que es nuestro tema- considerar algunas facetas de la disciplina en el siglo anterior, con lo cual situaremos mejor los acontecimientos decimonónicos.

Comencemos por la gramática llamada 'general' o 'filosófica', modalidad que prevaleció en Europa durante el siglo XVIII. Tuvo su origen en Francia, en 1660, con la publicación de la famosa gramática de Port-Royal. Esta obra, inspirada en la filosofía cartesiana, examinaba el francés desde la óptica de la lógica, equiparando los hechos lingüísticos a las categorías del pensamiento, de una manera similar a la de la gramática 'especulativa' de la Edad Media. También como ésta, la gramática de Port-Royal era universalista, considerando que los rasgos del francés, el griego y el latín, por derivarse de la razón humana, debían necesariamente formar parte de todas las lenguas.

Resulta curioso constatar que en Francia esta gramática filosófica despuntó cuando allí se practicaba un tipo de estudio lingüístico muy diferente, como era el que se proponía la descripción del **beau langage** o lenguaje de los salones urbanos y aristocráticos, enfoque que fue opacado por el de Port-Royal. Si los nombres de Arnaud y Lancelot perduran como autores de la primera gramática general, los de Malherbe, Vaugelas y Ménage tampoco se olvidan como representantes de la concepción que se regía por el buen uso idiomático.

En el siglo XVIII la producción lingüística en Europa también estuvo cobijada por la reflexión filosófica, repartida entre la concepción francesa de la Ilustración y la escuela empirista inglesa.

En esta época en Francia –como apunta Mounin (1967: 141)– todo el mundo es filósofo y todo el mundo escribe sobre el lenguaje. La gramática general –pregonada en la **Enciclopedia**– fue la doctrina única y tuvo expositores como De Brosses, Bauzée, Regnier-Desmarais, Restaut, Domergue, etc. Continuando la línea teórica que venía de Port-Royal, se concibe el lenguaje como un sistema lógico cuyo fin es la expresión del pensamiento. «Toda lengua es un método analítico y todo método analítico es una lengua», dirá Condillac (Arens, 1969: 149). La gramática tiene dos clases de principios: los universales, derivados de la naturaleza del pensamiento humano, y los particulares, que resultan de las convenciones cambiantes de los idiomas individuales.

El principal soporte filosófico de estos gramáticos ilustrados fue Condillac, cuya afirmación de la arbitrariedad del signo lingüístico pudo haber llegado a Saussure a través de Bréal, según piensa Mounin (ob. cit.: 149).

Un ejemplo conocido del logicismo de esta escuela (que se remonta a Port-Royal y Aristóteles) es su análisis del verbo. Para estos gramáticos filósofos esta categoría se divide en el verbo 'ser', por una parte, que es el verbo 'sustantivo' o verbo puro, y, por otra, todos los demás. Toda expresión verbal con un verbo distinto a 'ser' se considera compuesta por el verbo sustantivo, seguido del participio presente del verbo en cuestión en calidad de 'atributo'. Así, la oración 'yo duermo', por ejemplo, tiene una especie de forma subyacente que es 'yo soy durmiente' y equivale en su estructura lógica a un juicio como 'yo soy colombiano'.

Chomsky, como es sabido, dedicó su libro **Lingüística cartesiana** (1969) a mostrar cómo sus ideas centrales sobre el lenguaje no hacen sino continuar viejos planteamientos de la gramática general y de la época romántica. «[...] las teorías de la gramática universal que se esbozaron en los siglos XVII y XVIII –dice Chomsky– han vuelto a la vida y están siendo elaboradas a través de la teoría de la gramática generativa transformacional» (ibíd.: 149). Las ideas compartidas por la tradición racionalista y romántica, de un lado, y la lingüística chomskyana, de otro, tienen que ver principalmente con la función primordial del lenguaje, que es la expresión del pensamiento y no la comunicación; con el uso creativo de la

lengua; con la necesidad de distinguir un nivel lingüístico subyacente de otro superficial; con el carácter universal y explicativo de la gramática, y con la concepción innatista de la adquisición del lenguaje.

Al otro lado del Canal de la Mancha, la orientación empirista en la filosofía, iniciada por Bacon en el siglo XVI, orientó la consideración del lenguaje en un sentido diferente. El hecho lingüístico tenía que ser objeto de atención en una corriente intelectual que centraba su interés en las operaciones de la mente y en la adquisición del conocimiento, el cual, según los empiristas, derivaba rigurosamente de los datos de la experiencia.

Para referirnos a algunos planteamientos de John Locke, este empirista inglés propuso una división general de la ciencia en tres grandes campos: la filosofía natural, la ética y 'la doctrina de los signos' que él llama 'lógica' o 'semeiotiké'. Su concepción del signo incluye dos niveles, pues para él las 'ideas' son signos de las cosas y, como las ideas no pueden ser comunicadas directamente, las palabras son signos vocales convencionales de las ideas. Las ideas y las palabras son «los grandes instrumentos del conocimiento». Y la razón de ser del lenguaje está en la «conveniencia de la comunicación» (Junker, 1948: 2 ss.). Locke distinguió claramente, pues, los tres componentes del llamado triángulo semántico (palabra, concepto y cosa).

Una tesis de Locke hasta cierto punto se anticipa a la noción saussuriana de 'valor lingüístico' y es la de que no sólo las palabras sino también los conceptos son propios de cada idioma, de tal manera que muchas veces no se pueden traducir de una lengua a otra. La causa de este relativismo reside, dice Locke, en las diferencias de «costumbres y estilo de vida» entre los pueblos (ob. cit.: 12).

A igual distancia del racionalismo que de la corriente empirista, el filósofo alemán G. W. Leibniz se ocupó a fondo del lenguaje, que definió como un «espejo del entendimiento». «Las palabras –escribió Leibniz (ob. cit.: 24 ss.)– sirven para: 1) hacer comprensibles nuestros pensamientos; 2) lograr esto con la mayor facilidad posible, y 3) introducirnos en el conocimiento de las cosas». La facultad del lenguaje proviene de Dios, y la lengua es «el gran medio de ayuda y el vínculo común» de la sociedad humana. Leibniz creyó que todos los idiomas se derivaban de un habla original, que llamó «lengua adámica», y que el hebreo era el idioma más cercano a ella. Para Europa y Asia pensó él que debió haber un antiguo código común, y que éste se repartió en dos ramas: la jafética o celtoescita, que se extendió por el norte, y la aramea, que cubrió el sur (Arens, ob. cit.: 137).

Otros aportes de este filósofo, relacionados con el tema lingüístico, fueron su creación de una lengua universal en la forma de un cálculo que pretendía captar y simbolizar la totalidad del pensamiento, y sus exploraciones etimológicas y comparativas (Robins, 1967: 113).

El tema de las lenguas artificiales universales y el del origen del lenguaje interesaron sobremanera a los intelectuales de esta época. En opinión de Robins (ob. cit.: 112), factores como el colapso del latín, el reconocimiento de los idiomas nacionales, y las informaciones sobre lenguas exóticas en otros continentes, contribuyeron al sentimiento de que era posible crear nuevos códigos para las necesidades de esos tiempos. Umberto Eco (1994: 177 ss.) escribe al respecto: «No es casual que la mayor parte de las apelaciones a una lengua universal procedan en estos años precisamente de las islas británicas»; y a continuación da varias razones para el interés de los ingleses por la invención de 'lenguas filosóficas a priori'. Por motivos religiosos, en Inglaterra quería encontrarse un reemplazo del latín, que se identificaba con la Iglesia Católica. Motivos comerciales relacionados con las tendencias expansionistas de la isla recomendaban también estas empresas intelectuales. Los progresos en las ciencias naturales exigían también nomenclaturas adecuadas y carentes de la imprecisión del habla normal.

En general, las propuestas de lenguas universales implicaban intentos de abarcar todo el acervo conceptual del conocimiento humano -como vimos en el caso de Leibniz-, atribuyéndole a cada concepto un símbolo especial dotado de una pronunciación. Aparte de Leibniz, sobresalen entre estos inventores lingüísticos de los siglos XVII y XVIII G. Dalgarno y J. Wilkins en Inglaterra, y M. Mersenne y J. Delormel en Francia.

La cuestión del origen del lenguaje cautivó tanto a los racionalistas empiristas como a los precursores del romanticismo. Se solía opinar que la lengua era un don de Dios y que su primera manifestación había sido el hebreo. Para Rousseau, el punto de partida fue un código de gestos deícticos e imitativos y de gritos naturales, pasándose después a la adopción progresiva de secuencias vocales asociadas con objetos. En una etapa mixta habría habido formas vocales de significado verbal acompañadas de gestos que indicaban tiempo, los cuales luego se habrían convertido en elementos vocales aglutinados al verbo. Al comienzo las lenguas habrían tenido un vocabulario de carácter concreto, con muy pocas distinciones gramaticales. El tono sería un rasgo del lenguaje primitivo que sobrevive en algunos idiomas.

Rousseau -como buen prerromántico- añoró la supuesta vivacidad y emotividad del lenguaje original. La escritura habría reemplazado ese vigor por la exactitud, pero sacrificando las características orales (por ejemplo, inflexión de la voz). Especuló sobre lenguas exóticas que serían sonoras, prosódicas, y que podrían oírse y comprenderse a distancia, mientras que los idiomas occidentales estarían diseñados para el murmullo del salón (Robins, ob. cit.: 149 ss.).

En Alemania, J. G. Herder ve el punto de partida del lenguaje en la denominación onomatopéyica de las cosas según las impresiones auditivas

causadas por éstas. «Los verbos onomatopéyicos -escribe Herder- son los primeros elementos importantes. [...] El primer diccionario fue, pues, una colección de sonidos de toda clase [...] de los verbos procedieron, pues, los nombres, y no los verbos de los nombres» (Arens, ob. cit.: 165 ss.).

Más que por su especulación sobre el origen de lenguaje, Herder es famoso en la historia de la lingüística por sus tesis sobre la íntima relación de la lengua con el pensamiento y con el carácter y la literatura nacionales. Como señala Arens (ob. cit.: 169), la novedad de la posición de Herder radica en que trascendió el punto de vista tradicional de que el lenguaje es el instrumento del pensamiento, y por lo tanto está subordinado a éste, para plantear una relación muy diferente: el lenguaje es el contenido del pensamiento y a la vez su forma y su límite. «Si la mayoría de las veces pensamos con la lengua -escribe Herder-, en la lengua y, a menudo según la lengua, ¿qué bosquejo, configuración y límites da ésta al conocimiento humano?» (ob. cit.: 168).

En el siglo XVIII se observa alguna actividad de índole comparativa, que prelude la tónica preponderante en la siguiente centuria. El húngaro S. Gyármathi, por ejemplo, fue el primero en llevar a la práctica la comparación gramatical, trabajando con los idiomas fino-ugros, para fundamentar el parentesco genético. Sin embargo, más importante que la relación genealógica era, en esta época, la comparación de las lenguas con parámetros como la 'excelencia', la 'pureza', la 'afinidad', etc. (Mounin, ob. cit.: 145). También se especulaba con comparaciones basadas en la supuesta relación entre la lengua y la 'esencia intelectual y moral' de los respectivos pueblos. Así, se decía que el griego y el francés son 'refinados', mientras que el alemán es 'filosófico'.

El conocimiento lingüístico se enriquece con algunas obras que se proponían exhibir la riqueza universal en idiomas. A fines del siglo XVIII Catalina II de Rusia auspicia la publicación de un vocabulario comparativo que abarcaba doscientas lenguas y cuyo autor fue el alemán P. S. Pallas. Para la lingüística amerindia tiene especial importancia el **Catálogo de las lenguas conocidas** publicado en 1800 por el jesuita español L. Hervás y Panduro, que presentó al mundo culto los idiomas aborígenes del Nuevo Mundo, incluyendo los de Colombia. Ya a comienzos del siglo XIX aparece, con el título de **Mithridates**, otra obra de este tipo a cargo de J. C. Adelung y J. S. Vater.

En 1786 se produce el acontecimiento que fue algo así como el pórtico de la lingüística decimonónica: el inglés William Jones lee en Calcuta la famosa ponencia en que señala el parentesco del sánscrito con el griego, el latín, el céltico y el germánico.

El sánscrito ya se conocía en Europa, pero fue la ponencia de W. Jones, debido a su seriedad, el factor que despertó en la comunidad científica entusiasmo tanto por ese idioma como por la notable tradición gramatical de la

India y la literatura védica. A la divulgación del sánscrito, a comienzos del siglo XIX, contribuyeron especialmente en Alemania los hermanos Von Schlegel.

Se suele reconocer que el conocimiento del sánscrito, debido a su sorprendente complejidad y transparencia estructural, y a sus vínculos con las otras lenguas europeas, constituyó la circunstancia que originó el nacimiento de la lingüística histórico-comparativa en el nuevo siglo.

No puede verse una separación tajante entre la lingüística decimonónica y la del siglo precedente, porque las líneas de estudio que venían de éste continuaron en la centuria siguiente. Sin embargo, es claro que en el siglo XIX la disciplina tuvo un contexto y una tónica diferentes, y alcanzó realizaciones insospechadas.

En el nuevo siglo, la lingüística adopta como orientación preponderante la perspectiva historicista que caracteriza, en general, esta época. Al comienzo, esta vuelta hacia el pasado fue propiciada por el movimiento filosófico y literario del romanticismo. En esta actitud -anota Arens (ob. cit.: 214)- «lo antiguo adquirió el prestigio de lo originario y natural, de lo genuino y serio». Es comprensible, así, la fiebre que despertó el sánscrito en los círculos académicos.

Pero el método comparativo propio de los estudios lingüísticos decimonónicos tuvo una deuda considerable con la Ilustración, pues se originó en el seno de ese período, que cultivó la observación y la búsqueda de regularidades en la naturaleza.

Por otra parte, la nueva época trajo consigo el que la lingüística saliera progresivamente de la órbita de la filosofía para acercarse a la ciencia natural y a la psicología.

Filosofía y lingüística van todavía de la mano en la obra de Wilhelm von Humboldt, el formidable pensador cuya vida discurrió entre los dos siglos (hermano de Alejandro, el ilustre viajero por América). Tampoco se pueden separar en su producción la perspectiva histórica y la sincrónica. Como es bien conocido, varias ideas de Humboldt prefiguraron concepciones de la lingüística moderna y contemporánea.

Frecuente referencia se hace al postulado humboldtiano de que el lenguaje es fundamentalmente «energeia» y no «ergon», es decir, algo dinámico y creativo en vez de un producto acabado y estático. Chomsky (ob. cit.) ha visto en esto otra muestra de su parentesco con el racionalismo y el romanticismo del pasado. La 'energía' del lenguaje, para Humboldt, es «el trabajo del espíritu, siempre repitiéndose a fin de capacitar al sonido articulado para la expresión del pensamiento» (ibíd. 50). Como la lengua, para expresar el pensamiento, se enfrenta al «conjunto de lo concebible», tiene que «hacer un uso infinito de medios finitos», planteamiento que también halló eco en la doctrina chomskyana.

La noción humboldtiana de 'organismo' nos suena hoy día muy cercana al estructuralismo lingüístico. La lengua es un organismo porque es una totalidad

cuyos miembros son interdependientes. «No hay nada aislado en el lenguaje -afirmó-; cada uno de sus elementos se revela únicamente como parte de un todo» (Arens, ob. cit.: 245-6). Por otra parte, todo en la lengua -fonología, gramática, léxico- está determinado por un conjunto de principios internos que constituyen su 'forma orgánica' o 'interior'.

La filosofía del lenguaje de Humboldt es de un acentuado carácter idealista. El origen del lenguaje está en el espíritu, y la diversidad de los idiomas se explica porque éstos representan diferentes etapas de la actividad creadora del espíritu. La razón de ser y la esencia del lenguaje no es tanto la comunicación como la manifestación del espíritu.

La posición de Humboldt respecto de la relación entre el lenguaje, el pensamiento y la cosmovisión ha tenido importante repercusión en la lingüística posterior, por ejemplo, en las corrientes representadas por K. Vossler, J. Weisgerber, B. Whorf y E. Sapir. Lenguaje y pensamiento son inseparables para Humboldt, y su desarrollo histórico es paralelo. «El lenguaje -escribió (Arens, ob. cit.:282)- es el órgano creador del pensamiento». Así como cada idioma contiene su 'forma interior' propia, también cada uno de ellos encierra una **Weltanschauung** o cosmovisión. La lengua es mediadora entre el hombre y el mundo. Sapir dirá un siglo más tarde que «hablantes de lenguas distintas viven en mundos distintos».

Un tema dominante en la doctrina humboldtiana -con el cual sigue los pasos de Herder- es el de la íntima relación entre la lengua y el carácter nacional. Ambos son producto de la actividad del espíritu, y la forma interior del idioma se deriva directamente de la identidad espiritual del pueblo respectivo. «La lengua -escribió Humboldt (1963: 414-5)- es al mismo tiempo la manifestación externa del espíritu de los pueblos; su lenguaje es su espíritu y su espíritu es su lenguaje y hay que pensarlos siempre como idénticos».

Se atribuye a los hermanos Von Schlegel la concepción de la conocida clasificación tipológica y tripartita de las lenguas, que postula las categorías de idiomas aislantes, aglutinantes y flexivos (o flexionales). Para A. W. von Schlegel, los códigos aislantes son los que carecen -en su opinión- de estructura gramatical, como el chino; los aglutinantes son los que emplean numerosos afijos, como muchos idiomas amerindios; y los flexivos son los que logran una expresión 'orgánica' de los conceptos, pudiendo ser sintéticos, como el sánscrito, el griego y el latín, o analíticos, como las hablas románicas y el inglés. Según Von Schlegel, los idiomas flexivos «ocupan el primer lugar», y sólo ellos «poseen una exuberante y fecunda vitalidad». De las dos clases de lenguas flexivas, «el origen de las sintéticas se pierde en la noche de los tiempos», mientras que las analíticas son creaciones modernas que «proceden de la descomposición de las lenguas sintéticas» (Arens, ob. cit.: 252-6).

Humboldt adoptó la clasificación de sus contemporáneos Von Schlegel –que fue un aporte de importancia en la época– y señaló que el tipo flexivo se puede realizar tanto por mutación interna de la palabra como por empleo de sufijos, procedimiento que él llamó «crecimiento externo». Con base en el esquema tipológico, expuso una visión evolutiva del lenguaje humano. El estadio primitivo lo constituye el tipo aislante. El tipo flexivo se alcanza, según él, en la etapa juvenil de las lenguas y representa su fase de plenitud y excelencia. Después de este estadio vendría uno de «aparente reposo» y luego una situación de decadencia, ocasionada por un desgaste progresivo del carácter flexivo y su reemplazo por medios analíticos. Para Humboldt, el tipo aglutinante es un híbrido, cuya diferencia con el flexivo puede ser sólo de grado. En la aglutinación, la composición es empleada como flexión, pero no hay en ella una formación orgánica sino una yuxtaposición mecánica.

Típica de la época es la explicación que da el pensador alemán para la etapa de ruina de la flexión. Según él, este proceso ocurre sobre todo en las lenguas más cultas, debido a que la madurez y confianza del espíritu que se produce en estos casos hace que se prescinda paulatinamente del carácter flexivo en la declinación y conjugación, como sucedió, por ejemplo, en el inglés.

Humboldt no sólo descolló en el campo de la filosofía y la teoría del lenguaje sino que dejó una extensa y valiosa producción de carácter descriptivo. Tenía un asombroso conocimiento de un sinnúmero de idiomas de todas las latitudes e hizo notables aportes a muchos de ellos, incluyendo hablas amerindias. Su obra principal –terminada en 1835, el último año de su vida– lleva el título de **Sobre la diversidad del lenguaje humano y su influencia en el desarrollo espiritual del género humano**.

Es corriente afirmar que nuestra disciplina, en cuanto actividad que pueda llamarse 'científica', nace a comienzos de la centuria decimonónica con la investigación histórico-comparativa de figuras como F. Bopp, J. Grimm y R. Rask. Para sustentar esa afirmación hay que decir que lo que hace que esta investigación acceda al nivel de ciencia –con las limitaciones, claro está, de la época– es su posesión de un método estricto, ajeno a la especulación y la fantasía típicas del pasado.

Dicho método, ya lo sabemos, es el comparativo, que consiste en el examen del material lingüístico correspondiente a las lenguas que se suponen emparentadas para identificar las relaciones genealógicas entre ellas y reconstruir la lengua-madre o **Ursprache**. El procedimiento comparativo lo tomó la lingüística de ciencias naturales como la anatomía, la biología y la paleontología, en las cuales era usual (Mounin, ob. cit.: 158). La comparación lingüística de estos primeros tiempos tenía una orientación filológica en la medida en que se basaba en testimonios escritos antiguos. Por ello al tratar el cambio fonético se hablaba normalmente de «cambio de letras».

De acuerdo con el ideal del romanticismo, el objetivo último de esta primera ciencia lingüística era recuperar, por medio de la reconstrucción comparativa, el pasado lingüístico, el estadio de perfección lingüística original que habría sido alterado -según se creía- por la evolución de las lenguas indoeuropeas.

Ese estadio de perfección estaba representado por la protolengua indoeuropea, y el prestigio del sánscrito se derivaba de la creencia en que este idioma era la lengua más cercana a aquella fuente original. El cambio lingüístico se concebía como un rompimiento con esa excelencia primitiva. En esta temprana actividad comparativa desempeñaba un papel central la gramática, ya que se suponía que el principal atributo de la lengua-madre era la estructura gramatical correspondiente al tipo flexivo.

La investigación histórico-comparativa no se inicia de manera absoluta en el siglo XIX, pues ya hemos hecho referencia a intentos aislados del período precedente. Como apunta Robins (ob. cit.: 164), lo notable de la era decimonónica es la continuidad y la concentración del trabajo, que condujo al final de la centuria a una culminación con la prestigiosa escuela de los llamados 'neogramáticos'.

Es justo señalar aquí el mérito que le corresponde a Alemania en el florecimiento de enfoque histórico-comparativo. Al hacer este reconocimiento, Mounin (ob. cit.: 182) habla del «paradójico silencio de la ciencia francesa, en materia de gramática comparada, durante más de cincuenta años».

También es importante tener en cuenta que el comparatismo histórico no fue la única práctica de nuestra disciplina durante el siglo pasado, pues también se trabajó -como veremos adelante- en el plano descriptivo.

De los tres fundadores de la lingüística histórico-comparativa mencionados antes, al danés Rasmus Rask (1787-1832) le corresponde el mérito de haber sido el primero en aplicar el método comparativo. En efecto, en 1814 había terminado su **Investigación sobre el origen de la antigua lengua nórdica o islandesa** -dos años antes de la aparición de la primera obra de Bopp-, pero este trabajo sólo se publicó en 1818. Su contribución principal fue, pues, el estudio del nórdico antiguo y de sus relaciones con las otras lenguas germánicas e indoeuropeas.

También en el campo germánico se movió Jakob Grimm (1785-1863), quien en su monumental **Gramática alemana**, en cuatro tomos (1819-1837), dió su visión histórica de todos los idiomas de ese tronco, desde las muestras más remotas hasta el inglés moderno. En su **Historia de la lengua alemana** (1848) realizó una obra colosal de compilación del tesoro cultural de los alemanes -sagas, antigüedades jurídicas, sabiduría popular, vocabulario-, siguiendo pautas de Herder (Arens, ob. cit.: 260 ss.).

Grimm produjo un notable aporte a la naciente disciplina con su descubrimiento de las regularidades que se observan en dos 'mutaciones consonánticas' indoeuropeas. La primera concierne a cambios que tuvieron

lugar en el paso del indoeuropeo al germánico; y la segunda, en el paso del germánico al antiguo alto alemán. Según la 'ley de Grimm' -como se llama su explicación de estos fenómenos-, en ambas mutaciones se realizaron los mismos cambios: las oclusivas sordas (que entonces se llamaban 'tenués') pasaron a espirantes (llamadas entonces 'aspiradas'); las espirantes se cambiaron a oclusivas sonoras ('medias' en la terminología de la época); y éstas se transformaron en el punto de partida del ciclo, o sea, en oclusivas sordas otra vez.

Grimm fue también el creador de algunos conceptos importantes de la disciplina como los de 'metafonía' (**Umlaut**), 'apofonía' (**Ablaut**) y verbos 'fuertes' y 'débiles'. Los verbos 'fuertes' eran para Grimm los que tenían apofonía, o sea, alternancia vocálica interna (por ej., **write, wrote, written** en inglés), lo cual se consideraba entonces como la más pura manifestación del tipo lingüístico flexivo, mientras que los verbos 'débiles' eran para él los que hoy llamamos 'regulares' (Robins, ob. cit.: 181-2).

El honor de haber sido algo así como el padre o principal iniciador de la lingüística histórico-comparativa suele conferírsele a Franz Bopp (1791-1867). A los veintiún años de edad, Bopp viajó a París con el objetivo de estudiar el sánscrito de la única manera posible en ese tiempo, que era quemarse las pestañas con los manuscritos originales de esa lengua que se conservaban en la Biblioteca Nacional. Estudió también el antiguo persa y así pudo publicar en 1816 la obra **Sobre el sistema de conjugación del idioma sánscrito, comparado con el del griego, latín, persa y germánico**, lo cual se suele considerar el punto de arranque oficial de la nueva ciencia del lenguaje.

Influenciado por Humboldt, Bopp manifestó que en las lenguas 'sanscritistas' -o sea, indoeuropeas- se había producido una 'desmembración' del organismo lingüístico original, el cual se caracterizaba por el empleo de la «inflexión interna» en la gramática, o sea, por modificación de la raíz léxica. Así, en las lenguas derivadas, la antigua inflexión orgánica cedió el paso, en muchos casos, a formas resultantes de agregar mecánicamente 'sílabas significativas' a la raíz. En el verbo, por ejemplo, se agregaron a la 'sílabas radical' partículas que eran pronombres personales.

La principal obra de Bopp fue su monumental **Gramática comparada del sánscrito, zendá, griego, lituano, gótico y alemán**, en seis partes, publicada entre 1835 y 1852, y complementada posteriormente con la inclusión del viejo eslavo, el céltico y el albanés. En esta obra es patente la convicción del autor de que la lingüística debía seguir las pautas de la ciencia natural, y es notoria su obsesión con los conceptos de 'organismo' y 'ley'.

Yo intento en este libro -escribió Bopp- una descripción comparada del organismo de las lenguas mencionadas en el título, que abarque todo lo emparentado,

una investigación sobre sus leyes físicas y mecánicas y sobre el origen de las formas que caracterizan las relaciones gramaticales (Arens, ob. cit.: 295).

En una época en la cual la fonética no contaba todavía con una base científica, el interés por la sintaxis dentro de una perspectiva histórica era limitado y la semántica esperaba todavía su fundación; el centro de interés en la **Gramática comparada** de Bopp (y también en su mencionado trabajo sobre la conjugación) tenía que ser la morfología. En ese tratado, Bopp realiza un estudio comparado de los elementos de la palabra en los idiomas indoeuropeos, especialmente los morfemas inflectivos, para reconstruir su forma y sentido originales.

Como anota un especialista actual (Waterman, 1963: 30-1), el mérito de este comparatista no reside tanto en sus análisis -hoy día superados- sino en haber mostrado el método que debería seguir la lingüística histórica y la importancia del sánscrito para dicha disciplina.

Hemos visto que la actividad inicial de la nueva ciencia tuvo como objeto la definición de los vínculos genealógicos dentro de la familia indoeuropea, que por diversas razones fue la que atrajo en esta época el interés investigativo. Pero pronto comenzaron a fundarse las filologías particulares, o sea, el estudio histórico-comparativo de las ramas de esa gran familia. Primero se constituyó la filología germánica, gracias a las mencionadas obras de Grimm. La filología románica alza el vuelo con los trabajos de F. Diez: la **Gramática de las lenguas románicas**, en tres tomos, publicada entre 1836-1844, y el **Diccionario etimológico de las lenguas románicas**, en dos tomos, que apareció en 1853. La **Gramática céltica**, de J. K. Zeuss, de 1853, y la **Gramática comparada de los idiomas eslavos**, en cuatro tomos, de F. Miklosisch, aparecida a partir de 1852, abren los respectivos campos.

No sobra señalar que, dentro de las filologías particulares, la románica ocupa un puesto especial, debido al hecho de que, a diferencia de las otras ramas indoeuropeas, en su caso se conoce la protolengua, el latín. Esta circunstancia reduce notablemente la tarea de reconstrucción hipotética y hace más fácil trazar la evolución histórica de las lenguas hijas. Además, la derivación de los idiomas románicos a partir del latín sirve para confirmar la validez del método comparativo en general.

Hasta pasada la mitad del siglo, una nueva generación de investigadores trabaja siguiendo los lineamientos de los fundadores y contribuyendo al progresivo desarrollo de la lingüística histórico-comparativa. Se le debe a A. F. Pott la creación de la etimología como ciencia. En la obra de R. von Raumer se nota el intento de una aproximación fisiológica al sonido, superando la equiparación de sonidos y letras. E. Brücke publica en 1856 unos **Elementos**

de fisiología y sistemática de los sonidos del lenguaje que representaron un avance en este terreno. H. Steintal elaboró una clasificación tipológica de las lenguas, de inspiración humboldtiana. Como signo de la buena marcha de la disciplina se funda en 1852, en Alemania, la **Revista de Investigación Lingüística Comparada**.

Dentro de la segunda mitad del siglo cae ya la publicación de las obras de A. Schleicher, considerado por algunos como el lingüista más capaz de toda la centuria decimonónica. Veamos en primer lugar su concepción de las dos disciplinas que se repartían el estudio del lenguaje y las lenguas:

Sólo allí donde preexiste una literatura encuentra materia la filología; la lengua es para ella el instrumento del que se sirve para comprender la vida espiritual del pueblo en cuestión; para el lingüista, por el contrario, la lengua de un pueblo puede ser del más grande interés, que no guarda la menor relación con el arte de escribir; para él es la literatura únicamente un medio, a propósito para una investigación más exacta de las relaciones lingüísticas (Arens, ob. cit.: 335).

La meta de la filología es, pues, la cultura, y el estudio lingüístico es sólo un medio. En cambio, la meta de la otra perspectiva es la propia manifestación lingüística. La coexistencia de las dos disciplinas ha llegado hasta nuestros días, pero es un hecho evidente que la lingüística ha superado progresivamente a la filología en dinamismo, proyección y productividad.

Schleicher fue autor de una segunda sistematización de la actividad comparativa -después de la de Bopp-, publicada en 1861-1862 bajo el título de **Compendio de gramática comparada de los idiomas indogermánicos**, obra que recogía los adelantos de la disciplina en medio siglo de trabajo. Una novedad era la descollante presencia de la fonética, que ocupaba la mitad de la obra; la parte restante estaba dedicada a la morfología.

Schleicher acentuó la inclinación de la lingüística hacia la ciencia natural que había iniciado Bopp y abandonó la tendencia idealista que había tenido vigencia en Alemania en tiempos precedentes. Para él, el método de la ciencia natural, caracterizado por «una observación segura y rigurosamente objetiva», era prenda de rigor científico y debería ser adoptado por la «glótica», la ciencia del lenguaje, ya que «las lenguas son organismos naturales». Según Schleicher, la teoría de Darwin era también válida para la evolución lingüística, pues los conflictos y contactos entre las lenguas son semejantes a las luchas de las especies naturales por su supervivencia.

La posición naturalista de este comparatista le inspiró su «teoría del árbol genealógico», o sea, su concepción de las relaciones genéticas entre las lenguas, la cual tuvo su inspiración en el sistema de clasificación botánica de Linneo. De

acuerdo con esta teoría, la comparación de un grupo de idiomas -dentro de una familia lingüística- conduce a reconstruir la protolengua (**Grundsprache**) del grupo. La comparación de las diferentes protolenguas de los grupos o subfamilias conduce a la reconstrucción de la **Ursprache** o protolengua de toda la familia.

Objetivo primordial de Schleicher fue la reconstrucción hipotética de la lengua madre indoeuropea, a tal punto que se atrevió a traducir una fábula a este protoidioma. Es evidente que diversos aspectos de la reconstrucción schleicheriana del protoindoeuropeo -por ejemplo, el vocalismo- fueron corregidos posteriormente.

Pero es tiempo de que interrumamos brevemente este recuento de la actividad en el campo histórico-comparativo para dirigir la mirada a la vertiente descriptiva.

La llamada gramática general o filosófica que se inició en Francia, como vimos, en el siglo XVII floreció en toda Europa durante el Siglo de las Luces y entró en descrédito y decadencia en la primera mitad de la siguiente centuria. En las primeras décadas del siglo XIX se produjo en Francia un cambio de modelo en la actividad gramatical: se abandona el enfoque logicista y se adopta uno basado en el 'buen uso', pero no el buen uso de las clases sociales superiores, como ocurrió en la época clásica, sino el de los escritores consagrados. Con excepción de Alemania, este nuevo enfoque reemplazó a la gramática filosófica en Europa. A su éxito contribuyó el triunfo de la revolución romántica, que trajo consigo un rechazo de la autoridad opresiva de la tradición gramatical anterior y una condena de su pedantería y tono especulativo.

Curiosamente, por los años cuarenta, cuando en Francia la gramática general estaba herida de muerte, surge y se propaga en Alemania una concepción que tenía en común con dicha escuela una orientación marcadamente logicista y que pretendía también fundamentar la gramática en las categorías del pensamiento. Se trata de la corriente iniciada por K. F. Becker, que pronto despertó gran entusiasmo en los círculos académicos alemanes y fue considerada como la única científica, mientras que el enfoque francés, basado en el uso, era tildado de superficial (Patiño, 1965: 2 ss.).

Pese a que la escuela tradicional francesa y el nuevo enfoque surgido al otro lado del Rin compartían el postulado del paralelismo entre pensamiento y lenguaje, en realidad se trataba de dos concepciones diferentes. La alemana no provenía, como la francesa, de Descartes y la Ilustración, sino de la filosofía del lenguaje de W. von Humboldt.

En su obra principal **El organismo del lenguaje (Organismus der Sprache, 1841)**, Becker quiso desarrollar la concepción organicista de Humboldt aplicándola de manera concreta al idioma alemán. Como 'organismo', según Humboldt, implicaba la unidad de pensamiento y lenguaje, el método correcto

para sacar a la luz la acción del primero en el segundo tenía que ser uno que procediera del sentido a la forma y no al revés. Por este método -afirmaba Becker- debía llegarse al pequeño conjunto de leyes lógicas que constituyen el sistema interno de la lengua alemana, el cual, al mismo tiempo, es parte del organismo lingüístico universal.

La corriente de Becker tiene importancia histórica no tanto por su marco filosófico como por el avance que representó en la concepción de la sintaxis. En la tradición francesa, el contenido de una gramática se refería principalmente al tratamiento de las partes de la oración, cada una por separado, bajo el rótulo de 'sintaxis particular'. Unas pocas páginas se dedicaban a la 'sintaxis general', o sea, al orden de palabras y de oraciones. En cambio, Becker, considerando que la oración es la expresión de un pensamiento, hizo de ella el objeto central de la sintaxis, a la cual definió como la teoría de la formación orgánica '-generación', diríamos hoy- de oraciones. El esquema de organización interna de la sintaxis que practicaba Becker era entonces nuevo: el campo se repartía en el estudio de la oración simple y el de la compleja, y en esta última se distinguía la coordinación de la subordinación. Las oraciones subordinadas eran concebidas como el producto del desarrollo 'orgánico' de un componente de la oración simple y se las clasificaba, correspondientemente, en substantivas, adjetivas y adverbiales, como hacemos hoy día (Patiño, ob. cit.: 3-5, 34-5).

Refiriéndonos a otros países, en Italia el nuevo esquema alemán fue introducido por R. Fornaciari con su **Sintassi italiana dell'uso moderno** (1884), después de que A. Manzoni había propugnado el abandono de la gramática filosófica en favor de un enfoque guiado por el uso auténtico.

En España, la gramática de la Real Academia, publicada por primera vez en 1771, reflejaba la orientación francesa logicista, y la primera obra que rompió con esta influencia fue la **Gramática de la lengua castellana según ahora se habla** (1831) de V. Salvá. El famoso manual de don Andrés Bello -**Gramática de la lengua castellana destinada al uso de americanos** (1847)- también se apartó del modelo logicista, si bien retenía elementos de la tradición francesa como el enfoque por partes de la oración o la designación del verbo como 'atributo'. Las nuevas ideas surgidas en Alemania sobre organización de la gramática, con su realce de la oración como núcleo de ésta, no penetraron todavía en el mundo hispánico.

Regresando al campo histórico-comparativo, por los años setenta toma forma la nueva concepción representada por los llamados 'neogramáticos', con la cual culmina el desarrollo de la disciplina en el siglo pasado. A esta escuela -que tuvo su centro de irradiación en la universidad de Leipzig- pertenecieron en Alemania figuras como A. Leskien, K. Brugmann, H. Osthoff, B. Delbrück, H. Paul y E. Sievers, y, fuera de este país, el norteamericano W. D. Whitney y el inglés H. Sweet.

Por su visión de la lingüística, los neogramáticos pertenecen más a la época contemporánea de la disciplina que al período de formación de ésta. Al respecto dice Robins (ob. cit.: 182).

Gran parte de nuestra teoría lingüística, en especial nuestra teoría de la Lingüística Histórica, no tendría la forma que tiene en la actualidad si no fuera por la influencia de los neogramáticos. En este sentido ellos son parte de la escena lingüística contemporánea y 'todos somos ahora neogramáticos'.

Esta nueva corriente proclamó su desacuerdo con el estilo de lingüística que se había practicado en la época y quiso imprimirle a esta ciencia una orientación diferente. Condenaron las especulaciones idealistas y organicistas de sus predecesores, como, por ejemplo, la tesis del apogeo y decadencia de las lenguas, e inclusive renunciaron a la reconstrucción del protoindoeuropeo. «El comparatista –escribieron Brugmann y Osthoff (Arens, ob. cit.: 453)– debe apartar su vista de la lengua originaria y dirigirla al presente si pretende formarse una idea verdadera de la naturaleza del desarrollo ulterior de la lengua». Es decir, la evolución lingüística sólo se puede comprender si se conoce adecuadamente la realidad presente del lenguaje. Los antiguos comparatistas no sabían cómo es el lenguaje.

Abandonando la concepción romántico-naturalista del 'organismo' lingüístico, los neogramáticos pregonaron que el lenguaje es fundamentalmente un mecanismo psicofísico que debe haber sido igual en todas las épocas. Esta posición implica que la lingüística debería apoyarse de manera especial en dos disciplinas, que son la fisiología fonética y la psicología.

En cuanto a estas dos ramas del saber, la moderna fonética articulatoria fue fundada en esos años por E. Sievers como un área auxiliar de la lingüística histórico-comparativa, ya que las causas del cambio fónico se buscaban en la articulación de los sonidos. La psicología, encargada de explicar los cambios analógicos, seguía siendo –pues no había aparecido Wundt– la vieja disciplina mecanicista y asociacionista de Herbart.

Para estos reformistas, pues, la lengua no es una entidad con vida propia, independiente del sujeto hablante, sino que es la actividad misma del hombre en cuanto ser que se comunica. El lenguaje se centra en el sujeto hablante y, en consecuencia, el objeto de investigación no es la lengua petrificada de la filología sino las lenguas naturales concretas.

Este interés por el habla real condujo al nacimiento de la dialectología. Las variedades dialectales fueron consideradas, en una perspectiva histórica, como el último estadio en el proceso de diversificación de la familia indoeuropea (Robins, ob. cit.: 186). En 1876, G. Wenker inició la investigación dialectológica con sus encuestas para el **Atlas lingüístico alemán**.

Aunque había consenso en la ubicación de la lingüística dentro de las llamadas 'ciencias de la cultura' o 'ciencias del espíritu', sin embargo los neogramáticos -lo mismo que las generaciones anteriores- pensaban que esta disciplina debía buscar en las ciencias naturales un modelo de objetividad y rigor. Así como estas ciencias se basan en leyes universales, la lingüística debería estar en capacidad de formular las leyes de la evolución de las lenguas. Tales leyes se manifiestan en las condiciones de regularidad y sistematicidad que -según los nuevos gramáticos- son inherentes al cambio fónico que opera, a través del tiempo, en todos los idiomas. El aserto de que «las leyes fonéticas no tienen excepción» se convirtió para los neogramáticos en un dogma inatacable, en una «profesión de fe». De la inviolabilidad de este principio dependía para ellos la posibilidad de una lingüística. Pero como era innegable que aquí y allá aparecían claras excepciones a las leyes fonéticas, argumentaron que lo que ocurría en tales casos era que no se conocían todavía las reglas evolutivas que estaban en juego.

De todas maneras, el tono inflexible y combativo en que los neogramáticos expusieron esta tesis originó una candente polémica y diversas reacciones adversas. En opinión de Waterman (1963: 54) hoy se sigue aceptando la regularidad del cambio fónico pero se lo formula, de manera menos dogmática, más o menos en los siguientes términos:

Dentro de ciertos límites de tiempo y espacio, los mismos sonidos, en las mismas condiciones, se comportan de la misma manera.

Junto al cambio fónico, los nuevos comparatistas reconocieron en la evolución lingüística la acción de otro fenómeno de carácter diferente: el cambio analógico, que se origina en los mecanismos psíquicos del lenguaje. Aunque el fenómeno de la 'analogía' se conocía desde antes, fueron los neogramáticos quienes destacaron su importancia dentro de la evolución lingüística, como fuerza de carácter nivelador, siempre presente en la vida de las lenguas. Mostraron que muchas aparentes excepciones a las leyes fonéticas eran producto de la actividad asociativa de la mente -«formaciones analógicas»-, o sea hechos de un orden totalmente diferente al cambio fónico.

Sin duda la época de los neogramáticos -el último cuarto del siglo- fue de inmensa actividad científica, y la lingüística, en especial la histórico-comparativa, hizo progresos extraordinarios. Se corrigieron muchos errores del pasado, se le dio mayor rigor al método comparativo y se trazó de manera más correcta la evolución de los idiomas indoeuropeos. Dos obras son especialmente representativas de esta escuela: la monumental **Gramática comparada de las lenguas indoeuropeas** de K. Brugmann y B. Delbrück (publicada desde 1886), la tercera gran **summa** del conocimiento indoeuropeísta después de las de Bopp

y Schleicher, y los **Principios de la historia lingüística** (1880) de H. Paul, que contienen la sistematización de la doctrina neogramática. Como ésta era la máxima manifestación de la ciencia lingüística en la época, constituyó el marco dentro del cual se formaron los principales lingüistas de las primeras décadas del presente siglo como F. de Saussure, A. Meillet, W. Meyer-Lübke, F. Boas, E. Sapir y L. Bloomfield.

Pero quedaría incompleto este repaso si no mencionáramos a algunos de los contradictores o críticos del enfoque neogramático, en particular respecto de la supuesta obligatoriedad del cambio fónico y su responsabilidad casi exclusiva -junto con la analogía- en la evolución lingüística (Arens, ob. cit.: 480 ss.).

Uno de los más acérrimos opositores de la nueva orientación fue el romanista H. Schuchardt, quien mostró que la historia lingüística no puede reducirse a cambio fónico ciego e inexorable y analogía, sino que hay otros factores que actúan también sobre la evolución, entre los cuales están la mezcla de dialectos, el carácter individual de las palabras (por ejemplo, en cuanto a su frecuencia de uso) e innovaciones lanzadas conscientemente por individuos (por ejemplo, personalidades influyentes), que son acogidas de manera también consciente.

G. I. Ascoli, el fundador de la lingüística comparada en Italia, puso de presente la importancia de los factores sociales, en particular el 'strato étnico', para comprender el devenir de las lenguas. J. Gilliéron, el creador de la geografía lingüística, trabajando con los dialectos galorrománicos, demostró que la acción de las «leyes» fonéticas se ve perturbada, frecuentemente, por factores de carácter psicológico, social o cultural, como cruce de palabras, etimología popular, préstamos, etc. A la tesis de los neogramáticos, Gilliéron opuso la contraria de que «cada palabra tiene su propia historia».

La corriente 'idealista' de K. Vossler -seguidor de Humboldt y de B. Croce- impugnó el positivismo de los neogramáticos señalando que la evolución lingüística está también determinada por factores espirituales, sociales y nacionales. Por ejemplo, la propagación del artículo partitivo en francés en los siglos XIV y XV reflejaría la mentalidad mercantilista de esta época.

Finalmente, O. Jespersen y M. Bréal se opusieron también a la rigidez neogramática destacando la importancia de los hechos semánticos en el transcurrir lingüístico.

REFERENCIAS

- ARENS, H. (1969). **La lingüística. Sus textos y su evolución desde la Antigüedad hasta nuestros días**, 2 tomos, Madrid, Gredos.
- CHOMSKY, N. (1969). **Lingüística cartesiana. Una capítulo de la historia del pensamiento racionalista**, Madrid, Gredos.

- JUNKER, H. (comp.). (1948). **Sprachphilosophisches Lesebuch**, Heidelberg, Carl Winter Universitätsverlag.
- MOUNIN, G. (1967). **Histoire de la linguistique des origines au XXe siècle**, Paris, Presses Universitaires de France.
- PATIÑO, C. (1965). **The development of studies in Romance syntax. Disertación doctoral en la Universidad de Michigan**, Ann Arbor, University Micro Films.
- ROBINS, R. H. (1967). **A Short History of Linguistics**, Londres, Longman.
- VON HUMBOLDT, W. (1963). **Schriften zur Sprachphilosophie**, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- WATERMAN, J. T. (1963). **Perspectives in linguistics. An account of the background of modern linguistics**, the University of Chicago Press.

